

áncora

Historias de toros, navegaciones y volcanes

VICTOR HUGO FERNANDEZ

El mar une los dos extremos de una pintura que nace a partir de la experiencia vital de la costa. No se trata de una crónica de travesía, sino de la vida que comienza a partir de la llegada a tierra firme, cuando en un extremo se recuerda con refinada nostalgia lo que se dejó en el otro, más allá de millas y millas de líquida extensión.

Por eso en la pintura de Isidro Con Wong lo que vemos siempre son embarcaciones encalladas, aferradas a tierra firme, depositadas en playas solitarias de mágicas insinuaciones, observadas por toros expectantes que son los ojos mismos del artista en constante replanteamiento de sus raíces y sus necesidades narrativas.

Porque esta pintura cuenta una historia; hay en ella un relato de silencioso pero —a la vez— luminoso impacto, a través del cual el artista nos lleva a lo largo del litoral para luego adentrarse en tierra firme y proponer un paisaje natural, dominado por arbóreos magnetismos, volcanes gigantes de convincente fuerza y toros errabundos que sustituyen la presencia humana.

Como un elemento de ternura y suavidad aparece de pronto la luna, a veces insinuada, escondida tras los volcanes; otras imponente, redonda y circular, pálida y dominante, irradiando toda la fuerza poética que el artista necesita para definir la atmósfera de su pintura.

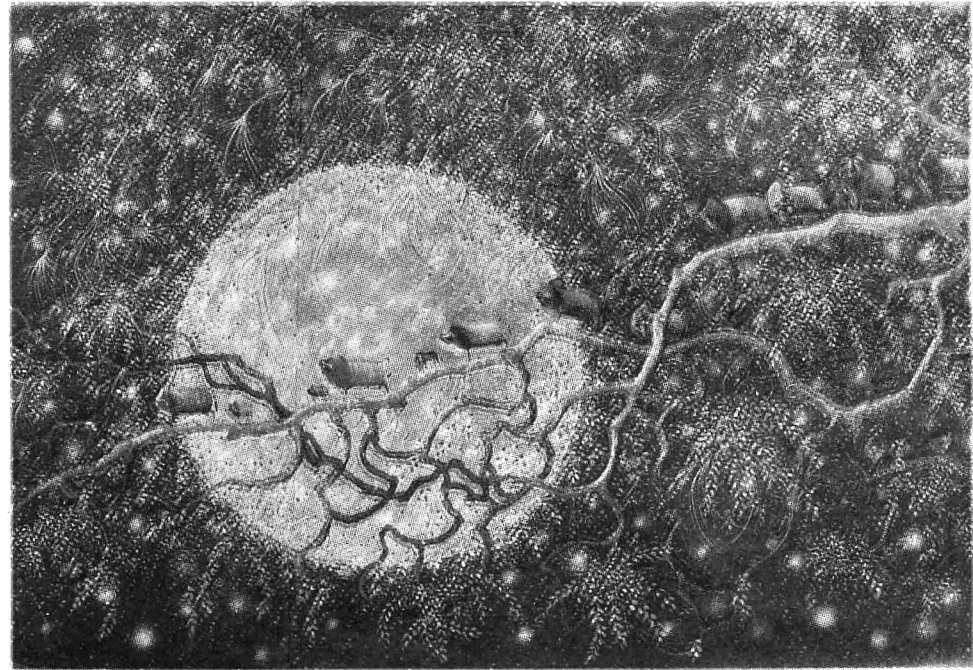
Fosforescente y rigurosa, hábil y exigente, la paleta de Con Wong se ocupa de tonalidades singulares en las que el verde es un símbolo y los árboles se visten de un musgo diferente, en tonos pastel, que contrastan a veces con lo azulado de los toros y el hervor de los mangos, que más parecen piedras volcánicas de ígneas potencias.

Poéticas presencias

La suya es una pintura de reiteradas connotaciones poéticas. Hay un lirismo en todos sus trabajos, el cual opera como una forma de nostálgica evocación de un mundo que quedó atrás, atrapado entre su infancia transcurrida en Asia, en la China ancestral y también en el litoral puntarenense, que luego lo llevó a dedicarse a la agricultura y a amar la tierra y sus productos.

Pero la suya no es una pintura bucólica ni estrictamente ecologista, sino un espacio pictórico donde el paisaje tiene vida propia y el artista descubre en él una fuerza sobrehumana, entre benévola

Una muestra de la pintura reciente de Isidro Con Wong se ofrecerá al público a partir del martes 11 de octubre, en la galería Enrique Echandi, detrás del Teatro Nacional



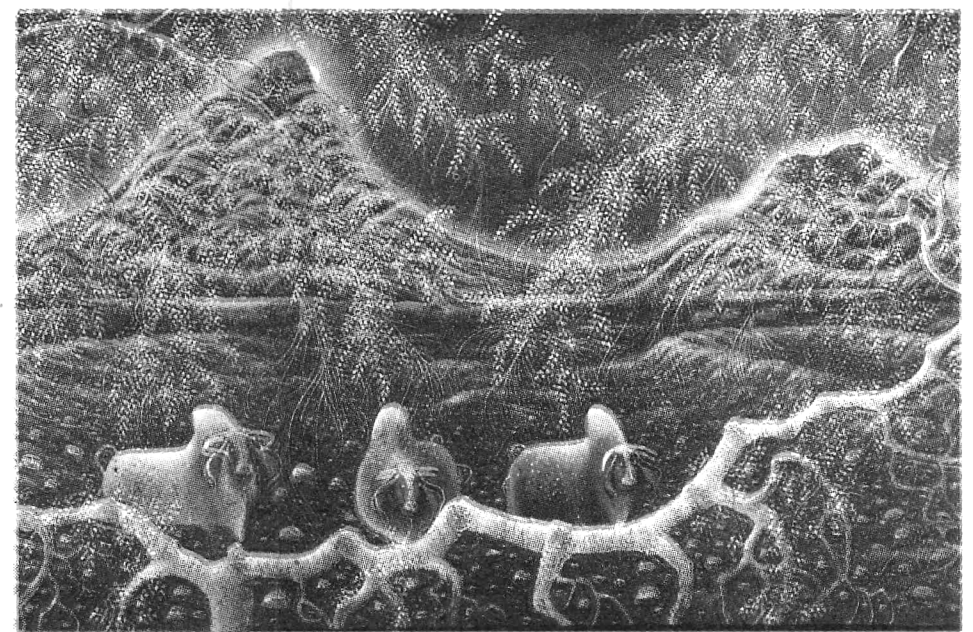
La luna de Gau, obra de Isidro Con Wong; acrílico sobre tela, 1993. (Foto de Faustino Desinach.)

la y hostil, entre salvaje y acariciante, donde los toros son testigos de un espacio que lucha constantemente contra agentes externos que aniquilan aquella belleza que no son capaces de admirar.

Isidro Con Wong se aleja de los conceptos románticos y descriptivos, que caracterizan en gran medida a la llamada pintura *naive*, para proponer un relato en el que el color alimenta la imaginación y envuelve el relato en una atmósfera de sueño y mágica evocación.

La herencia oriental se aprecia en su rigor en el tratamiento de los temas, en la compleja y bien controlada técnica que cada día lo acerca mucho más a la maestría. Todo ello lo pone al servicio de esa otra parte suya que es un irrenunciable tropicalismo, al que se aferra con mística convicción de sacerdote del color, que en cada obra propone un ritual al que asistimos desde el otro lado de la tela, saludados por sus toros que nos miran y nos retan, seducidos por una luna imponente que nos llama y nos redime desde las alturas.

La suya es una pintura de dos mundos, que tiene su síntesis en ese universo de asombro y extrañas realidades, a partir del momento en que los toros se encaraman en las ramas de los árboles, tan frágiles ellos como las hojas, a la espera de una ventisca que nunca llega y es más bien la luna desde la distancia la que acaricia todo con su resplandor de musa solitaria, incapaz de atreverse a poseer la gracia ingenua del reproductor



Octubre tropical, obra de Isidro Con Wong, acrílico sobre tela, 1993. (Foto de Faustino Desinach.)

de la naturaleza, que es ese bovino imponderable que reina y controla todas las escenas de un universo sin fronteras. Un universo que, sin embargo, se adentra en las montañas, se entrega a la luna, pero que desemboca en la costa, allí donde el mar deposita los maderos de un naufragio de errabundas aventuras; un

protagonismo de orientales que no puede ya más que admitir que ha abandonado el opio y las dinastías para abrazar los mangos, los volcanes y las ramas desnudas que invitan al cortejo del color, sin temor a la noche y a la luna, alimentado todo por la magia de una pintura que funda una nueva realidad.